

## EN EL PRINCIPIO ERA EL VERBO (\*)

POR

FREDERICK D. WILHELMSSEN  
Catedrático Emérito de Filosofía y Política  
Universidad de Dallas

*«In principium erat Verbum. Et Verbum erat apud Deum. Et Deus erat Verbum». «En el principio era el Verbo. Y el Verbo estaba con Dios. Y el Verbo era Dios».*

(EVANGELIO DE SAN JUAN, I, 1).

Cuando ponderaba la obligación de darles un discurso por haber recibido el Premio King en 1993, me pareció que sería adecuado hablar sobre el espíritu y su encarnación en un nivel particularmente alto en la vocación de un profesor universitario. Nuestra vocación reside principalmente en el acto de profesar, de decir la verdad, y así de comunicar esa verdad a nuestros alumnos. En esta comunicación encontramos un ejemplo sublime de la caridad, porque entregar a los demás lo que un hombre tiene es llenarlos con lo que les falta, remover la pobreza que es la ignorancia. ¿No es eso de la esencia misma del amor, de *caritas*? Aquí el amor encuentra la intelección en su manifestación más alta, ya que nadie entiende nada a menos que pueda expresar lo entendido a sí mis-

---

(\*) Cada año, la Universidad de Dallas (en Irving, Texas, E.E.U.U.) otorga un premio a un profesor distinguido. Recordando al fundador, quien lo recibe es conocido como King Fellow. En la ceremonia del año siguiente, el profesor galardonado pronuncia un discurso en el aula magna de la universidad ante el claustro de profesores cuando otro colega le sucede en la misma distinción. En 1993 nuestro amigo, el doctor Frederick D. Wilhelmsen, recibió este premio de su institución; en febrero de 1994 dio la siguiente conferencia sobre el Verbo, y la tradujo del inglés expresamente para *Verbo*.

mo. Puesto que lo hace principalmente con el lenguaje, su auto-comunicación, por lo menos potencialmente, es un don del espíritu al otro hombre. Es un acto de amor.

Si el Verbo de Dios es el Mismo Dios, el Hijo Eterno engendrado antes de todo tiempo por el Padre y después hecho carne en el hombre Jesús, la comunicación humana es una analogía natural de este misterio supremo de nuestra Fe, la Encarnación. Al engendrar y hablar la verdad en el aula imitamos, aunque imperfectamente y en una sombra, Belén, donde la Eternidad se hizo Tiempo.

Santo Tomás de Aquino expresó cierta insatisfacción con la definición famosa de Aristóteles del hombre como un animal racional. Es decir, con el entendimiento del hombre en la filosofía natural donde éste ocupa la cúspide del reino animal. Pero desde el ángulo de la filosofía del ser, la metafísica, el hombre —al contrario— es el ser más humilde de las criaturas espirituales. Localizado en el horizonte de la existencia donde el espíritu encuentra la materia, el hombre es descrito mejor como un espíritu encarnado.

¡Mirad el orden vasto del ser material que se despliega ante nuestra vista majestuosamente, galaxia tras galaxia, mundos y mundos todavía no conocidos por las ciencias físicas! Sin embargo, hay una realidad —mejor aún, un acto— que nunca descubrimos: el Verbo. El ser material contiene, en secreto, las entrañas ocultas de la naturaleza de cada cosa creada por Dios. Pero los seres materiales no pueden por sí mismos revelar la riqueza de sus esencias respectivas. Es el hombre quien destapa estos tesoros y, por lo tanto, los articula a sí mismo. El cosmos por su cuenta es mudo. No dice nada. Lo dicho sobre el mundo es dicho por nosotros.

Esta ausencia de una voz propiamente suya es parte de la estructura misma del ser material. Cuando escudriñamos el laberinto vasto y enormemente complicado de los principios que constituyen la naturaleza, sobre todo la naturaleza de las cosas vivientes, encontramos dos dimensiones que parecen definir el mundo en que nos hallamos: la fecundidad y el agotamiento.

1. *Fecundidad*.—Porque las cosas crecen hasta su plenitud a

través de principios, semillas que florecen en el tiempo. Ser en su plenitud es dar a luz.

2. *Agotamiento*.—Porque esta fecundidad declina, se marchita, y por fin muere. Este es el destino de las cosas que nos rodean. Su ser se pierde cuando se corrompen y dejan de existir. Su integridad se hace añicos mientras que sus partes se reincorporan en los ritmos cósmicos que constituyen el flujo y reflujo perpetuo de todas las cosas. Sus formas mismas, los principios de sus naturalezas, son *de* la materia, y la materia, por una exigencia interna, se destruye en la enfermedad y la muerte cuando una cosa deja de ser lo que era y se convierte en otra cosa nueva. El ser material sale al mundo pero nunca vuelve a sí mismo. Deja su casa y no regresa.

Pero lo que la materia no puede hacer, lo puede hacer el espíritu. Aquí me acerco a una verdad que simultáneamente es un hecho palpable y que, sin embargo, permanece un misterio. El espíritu vuelve sobre sí mismo en un *reditus*, usando la palabra de Santo Tomás, un dominarse por sí mismo de tal manera que —por un escándalo aparente al principio de contradicción— el espíritu es dos veces en un acto. No solamente conozco lo real, y así me identifico con la existencia en los escalones más sublimes del entendimiento, sino que el entender entiende su propio entender. Este acto de conocer mi propio conocer es la apertura del espíritu a sí mismo. En esta espontaneidad diáfana, el intelecto dice a sí mismo lo que ha entendido, lo que ha asimilado y espiritualizado. Al decir lo que se entiende nace el «yo». El *ego*, en el que el hombre mide su propia relación al ser, y esta medida es la verdad. No solamente conozco lo que conozco, pero hay un *ego* (no como «cosa» sino como actividad) que conoce ese conocer. Tal y como el mismo Santo Tomás predicaba, si no hubiera ningún hombre colocado en el mundo, todavía existiría el ser, pero no sería ninguna verdad (salvo la Verdad Quien es Dios).

Este acto de comunicar lo conocido implica un «yo», que es consustancial con el «decir» el Verbo. Ya que este nacimiento del verbo en el seno del alma es un verbo encarnado en el cuerpo, el hombre habla el verbo interno *en* y *a través del* verbo externo.

De esta forma profesa a la comunidad humana la verdad que ha logrado conocer. Es la medida de su relación con lo real por expresarlo. Como Etienne Gilson escribió en uno de sus últimos libros, *Lenguaje y filosofía*, los animales superiores tienen todos los órganos físicos necesarios para hablar inteligentemente, pero no lo hacen. El hablar es el privilegio del hombre, y el hombre puede hacerlo porque su alma es espiritual. Su existir no se agota en la materia, sino que trasciende sus límites y conquista su pobreza.

Al ser espíritu, el hombre ya vive en una inmortalidad que no solamente le ha sido prometida por Dios como su futuro sino que es ejercitada ahora como un presente.

He llamado a todo esto un hecho palpable y a la vez un misterio. Es un hecho porque experimentamos nuestro espíritu desde dentro cada vez que entendemos algo, incluyendo la realidad más trivial. Es un misterio porque esta actividad no tiene ningún paralelo en el mundo en que nos hallamos. Nos conocemos como espíritu menos por *hablar de ello* que simplemente por el hecho de *hablar*. El mundo hablado es mudo en sí mismo, pero el hablar de ello está vivo y es vivificado por el ser espiritual que es nuestra posesión. El hombre es la lengua del ser.

Estas verdades y este don creado forman la herencia de la raza humana entera y el hombre las experimenta internamente en sus manifestaciones más humildes al resolver los problemas más sencillos. Cuando podemos decir, por fin, después de rompernos la cabeza ante un problema, sea aquel problema el nudo de un marincro que haya que atar, una frase que haya que analizar, o una pieza de ajedrez que haya que mover: «¡Ya lo tengo!», «¡Por fin, lo veo!» —la bombilla de luz en la cabeza de un personaje en un libro de caricaturas—, este «Punto Eureka» alcanzado es nada menos que el espíritu en su cumbre. Este es el juicio, el intelecto reflexionando totalmente sobre su propio acto y, por eso, dueño de lo conocido, sea lo que sea. Debajo del hombre, el ser de todas las cosas es un ser poseído por la materia, pero el hombre, en su entender, posee en un orden nuevo ese mismo mundo material. Como he indicado, la posesión espiritual de lo que en-

tendemos simultáneamente es el nacimiento de «mí mismo», de un «yo» quien simplemente no es nada fuera del ejercicio interno de esta actividad cognoscitiva.

Cuando hablo como conferenciante a una clase de alumnos me estoy «diciendo-a-mí-mismo» lo que les estoy diciendo a ellos. De otra manera no sabría literalmente lo que digo. Mis alumnos, si están atentos, a su vez, se «dicen-a-sí-mismos» silenciosamente lo que me oyen decir. Esta «repetición simultánea» es el *verbum*. *Verbum* es «repetición simultánea» y lo mismo es espíritu. El «instant replay» de la tecnología electrónica es meramente un simulacro pálido de un acto consustancial con el conocimiento humano, espíritu en acto.

Pero sólo el profesor tiene el papel profesional de decir la verdad cuando la sabe y cuando ha sido autorizado por la sociedad para enseñarla. Somos los guardianes del verbo y al ejercer nuestro oficio lo encarnamos, y así espiritualizamos el mundo. A menudo los cínicos dicen que los profesores enseñan porque no saben hacer otra cosa. Posiblemente haya cierta verdad en la proposición, pero como una afirmación global es falsa. En un plano profundo la mofa se convierte en elogio, y ese elogio se identifica con la esencia no solamente de los profesores sino de cada hombre libre.

¿No nota Aristóteles en los párrafos que comienzan su *Metafísica* que los hombres, aún los más pragmáticos, toman placer en el acto de conocer? ¿No se manifiesta esta verdad con claridad en el gozo que sentimos meramente al ver el mundo que nos rodea? ¿No pregunte al ciego que ha recuperado la visión qué utilidad tiene la vista! Es un hombre inundado de alegría porque puede ver. No tiene que justificar su felicidad por algo presuntamente más profundo que el placer mismo que siente cuando las tinieblas de la ceguera se quitan y el mundo en todo su caleidoscopio de colores y figuras baila ante sus ojos.

Aunque mucho conocimiento puede y debe someterse a la utilidad, el conocer posee una bondad intrínseca que trasciende toda praxis. Necesariamente amansado en ciertas disciplinas pragmáticas, la plenitud de alegría humana al conocer simplemente es

muy palpable cuando ese conocer es puramente contemplativo, el conocer por sí mismo. Aunque en un sentido el conocer es por el amor —no puede amar lo totalmente desconocido—, en otro sentido hay un amor, un «eros», que llena todo conocer. El hombre nace para casa-se con el ser a través de la inteligencia.

(Me acuerdo de haber asistido a un seminario en nuestra universidad hace unos quince años en el que el tema era el papel de la historia en una formación universitaria. En aquel entonces había un tipo de prejuicio que pululaba por nuestra institución contra el estudio de la historia. Algunos amigos de la historia presentaban los argumentos sobre la utilidad de una formación seria en esta disciplina. Sin aquel entendimiento las demás humanidades parecen flotar en un vacío platónico. Sin la historia no podemos entender nuestro momento en el tiempo. Sin conocer la historia estamos condenados a repetir los fracasos del pasado. ¡Todo muy pertinente y todo verdad! Pero nadie aquella tarde cayó en la cuenta de la razón más profunda que inspira a los historiadores a ser lo que son: historiadores. Gozar sabiendo lo que pasó. ¡Punto y aparte! Ese placer no necesita ninguna justificación ulterior. Solamente hace falta participar en una tertulia de estos hombres y mujeres cuando disputan con pasión sobre algún acontecimiento oscuro que no tiene ningún valor utilitario que pudiera ser medido, calculado, y luego convertido en algo respetable. Saber lo que ocurrió en el pasado es un acto de asimilar el ser, de decir la verdad, y por eso, de ser un hombre. Con esto basta. No hay que decir más).

El conocimiento de lo que no soy yo mismo, del «otro», es un conocimiento del ser, y por él imita analógicamente la vida interior de Dios Mismo. Esta libertad respecto de la utilidad inmediata es una señal de espíritu. Parecido al juego, encontramos aquí un acto ejercitado puramente por sí mismo. ¡No olvidemos que Dios no trabaja! ¡Juega!

El profesor está al servicio de la comunidad a la que pertenece. No lo niego. Pero nunca se puede definir por eso. El profesor acumula un montón de datos pero no es un siervo. Al contrario, éstos son instrumentos de su oficio.

En este desinterés de la vida académica descubrimos, paradójicamente, su dimensión social. Si el Verbo del Espíritu, el «*verbum cordis*» en la frase bella de San Agustín, se mueve dentro de la palabra hablada, resulta que el profesor ejerce un papel doble. Alcanza su plenitud como un agente cognoscitivo y expresa a sus alumnos y colegas lo que ha llegado a entender. Muchas veces al hacerlo es caritativo. Pero en un nivel más profundo, hace todo esto gracias al dinamismo del mismo entender. Repito la tesis: *intelligere est comunicare*.

La tradición pagana clásica distinguía agudamente entre la vida activa y la contemplativa, y daba la palma de la excelencia a ésta. Gracias al papel del amor en la vida cristiana, Santo Tomás modificó esta jerarquía. Señaló que superior a ambas vidas es la que llamaba «la vida mixta» en la que la contemplación se desborda en una acción caritativa, a menudo en la acción de enseñar, que es una manifestación de la generosidad, del amor. Posiblemente no haya ninguna vida exclusivamente activa, sin cierta contemplación por modesta que sea. Sin ésta, la actividad sería un frenesí ininteligible. Tampoco hay una vida contemplativa sin cierta acción porque cada entender nace dentro de la sensibilidad humana. El intelecto coge la inteligibilidad sólo *en y a través de* orquestar retóricamente una estructura simbólica en que se hace a sí mismo.

Este acto de tejer una prenda de símbolos es una acción en sí misma. Yace al fondo de la poesía, y es el fundamento de toda comunicación humana. Alcanza su plenitud en el lenguaje. Naturalmente tenemos que acordarnos de que la capacidad humana de simbolizar no se limita a lo verbal. Pensemos en el baile, en el beso, en una bandera, o en el habla silenciosa del pantomimo. Pero todas estas simbolizaciones *hablan* a su manera, y así manifiestan su subordinación al poder y a la primacía del lenguaje. Jacques Barzun escribió una vez que un buen profesor universitario es un cocktail compuesto de tres ingredientes. Es tercera parte investigador, tercera parte actor, y tercera parte predicador. Su propia actuación retórica en el aula señala públicamente, *ex-táticamente*, al mundo el fruto de su sabiduría, raciocinio y contemplación.

Cuando, después de ponderar un problema intelectual complicado, a menudo después de haber pasado por una docena de avenidas falsas, caigo en la cuenta, veo la verdad, veo la luz (la Luz sigue al Verbo), quiero salir corriendo de mi despacho como hizo Arquímedes de la piscina y gritar al mundo «Eureka»; «¡ya lo tengo!»; «¡lo entiendo!». En aquel momento vivo de una manera exaltada lo que soy: un espíritu encarnado. ¿Por qué se hablan a veces los viejos a sí mismos? Ciertas personas poco profundas ven en esto una señal de la senectud. Se equivocan. Hablar consigo mismo a menudo es un último agarrarse a la cordura. Estos hombres y mujeres viejos no tienen nadie con quien hablar. Nadie quiere escucharles. Hablar, decirlo, aunque a un auditorio que no esté ahí, forma parte de la plenitud del entender humano. Totalmente inocente de nuestras intenciones, un acto de entender es un verbo, un gesto de generosidad. Esta profesión de la verdad es una alta dignidad conferida a todos los que hemos sido bienvenidos a la universidad para subir a una tarima día tras día y enfrentarnos con un auditorio de alumnos. Se nutren mientras que su ignorancia desaparece a la luz incandescente de la verdad hablada, un *verbum* encarnado en un hombre, débil como son todos los hombres, dañado como está la raza entera, pero dotado de un privilegio y una responsabilidad grave. Este hombre es el profesor.

O, por lo menos, así he entendido siempre mi propio papel en la profesión que escogí hace ya muchos años.